

NEW LEFT REVIEW 81

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO AGOSTO 2013

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON	Homeland: La política interna de Estados Unidos	7
YONATAN MENDEL	La nueva Jerusalén	38
FRANCO MORETTI	La desaparición de la burguesía	63
JOACHIM JACHNOW	Trayectorias verdes	98
NANCY FRASER	Triple movimiento	125

CRÍTICAS

FRANCIS MULHERN	Tiempos de conclusión	140
JACOB COLLINS	¿El nacimiento de la bioseguridad?	152
HUNG HO-FUNG	China se estanca	162

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

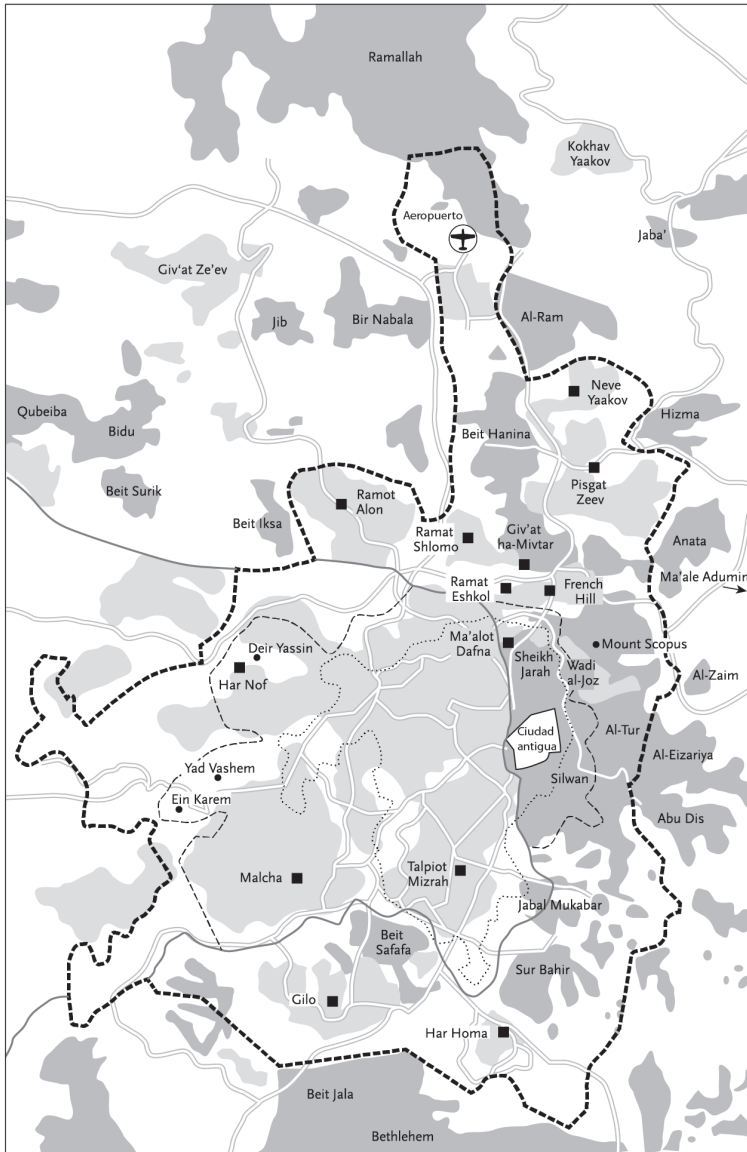


SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

Jerusalén, límites municipales y barrios



0 ————— 2 kilómetros

○ Barrios israelíes

● Barrios palestinos

■ Extrarradios judíos construidos desde 1967

..... Límites de la ciudad bajo el Mandato británico

— Línea verde

----- Límite de la ciudad, 1948-1967

----- Límite de la ciudad después de 1967

LA NUEVA JERUSALÉN

LAS ENCICLOPEDIAS DE psicología citan un tipo de psicosis religiosa conocida como el síndrome de Jerusalén que puede desencadenarse por una visita a la ciudad. Los síntomas pueden incluir el vociferar cantos litúrgicos, soltar sermones moralistas y una intensificada preocupación por la limpieza y la pureza ritual. Aunque en otras ciudades santas se han registrado reacciones similares, especialmente en Roma y La Meca, Jerusalén tiene el récord de esta psicopatología¹. Sin embargo, desde el punto de vista de cualquier lógica urbana normal, la propia ciudad parece todavía más enloquecida. Sus fronteras se extienden muy lejos de sus núcleos centrales de población, abarcando docenas de pueblos, áridas colinas, huertas y extensiones de desierto, así como suburbios de reciente construcción con escasa relación con la ciudad histórica; por el norte llegan, como un largo dedo, hasta cerca de Ramala para incorporar el viejo aeropuerto de Qalandia, a unos diez kilómetros de las murallas de la Ciudad Vieja, y por el sur sobresalen hasta casi llegar a Belén.

El antiguo vicecalde de Jerusalén, Meron Benvenisti, ha dicho sobre estos límites tan monstruosamente extendidos de la ciudad:

He llegado al punto de que cuando alguien dice «Jerusalén» me muestro muy cínico respecto a la idea. Este es un término que ha quedado totalmente vaciado de contenido. Actualmente no hay ningún concepto geográfico llamado «Jerusalén», y en vez de eso he sugerido utilizar un nuevo término, «Jermudin», que es el territorio que se extiende entre Jericó y Modi'in.

¹ Véase por ejemplo, Mark Popovsky, «Jerusalem Syndrome», en David Leeming, Kathryn Madden y Marlan Stanton (eds.), *Encyclopedia of Psychology and Religion*, vol. II, Nueva York, 2009.

Alguien decidió frotar con óleo santo las colinas que no tienen ninguna conexión con Jerusalén, y actualmente necesitamos enfrentarnos a una región de «Jerusalén» que es ingobernable y que se retiene por la fuerza².

Pero si el paisaje urbano de Jerusalén no tiene una lógica urbana descifrable, ¿cuál ha sido la racionalidad que ha dado forma a su crecimiento? Desde el punto de vista de Benvenisti, «todo empezó con las fronteras municipales posteriores a 1967 y con el conocido principio de máximos kilómetros cuadrados de tierra y mínimo número de árabes»³. Se pueden decir muchas cosas sobre esta hipótesis, pero convendría empezar un poco antes de eso.

Desde los cananeos a los colonos

La historia de la Ciudad Vieja empieza probablemente alrededor del año 1500 a. C., cuando una comunidad cananea conocida como los jebuseos levantó las primeras fortificaciones amuralladas, aprovechándose de un lugar elevado en medio de tierras fértiles, por encima de la llanura costera, y situado en el acuífero de la montaña. Las murallas serían reconstruidas, derribadas y vueltas a construir innumerables veces a lo largo de los siglos, según la ciudad era conquistada por los judíos, con el rey David (1000 a. C. apróx.), seguidos por babilonios (600 a. C. apróx.), persas (536 a. C.), Alejandro Magno (333 a. C.), macabeos (164 a. C.), romanos (63 a. C.), árabes, con Umar Ibn Al-Khattab (637), cruzados (1099), Saladino (1187) y otomanos, con el sultán Selim (1517). En el transcurso de este periplo, se dice, el rey Salomón construyó el primer templo judío de la ciudad, Jesucristo fue crucificado y el profeta Mahoma ascendió a los cielos. Las murallas actuales fueron construidas en la década de 1530, cumpliendo órdenes de Solimán el Magnífico, y abarcaban un kilómetro cuadrado de estrechas calles y callejones. Durante los tres siglos siguientes más o menos, la vida de la ciudad se mantuvo dentro de sus murallas, extendiéndose fuera de ellas solamente en el tramo final del siglo XIX.

Después de que los británicos conquistaran Jerusalén en diciembre de 1917, reemplazando a los otomanos como el poder imperial de la región, la ciudad sufrió un cambio más drástico. El aumento de la emigración judía hizo crecer la proporción de judíos entre la población

² Nir Hasson, «Meron Benvenisti, Why Does Jerusalem Not Exist Anymore?» (en hebreo), *Haaretz*, 29 de mayo de 2011.

³ *Haaretz*, 29 de mayo de 2011.

del Mandato Británico en Palestina desde el 10 al 40 por 100, y llevó las relaciones entre árabes y judíos a su punto más bajo. Jerusalén fue declarada la capital del Mandato en Palestina. La construcción en la «Ciudad Nueva», que se extendía rápidamente fuera de las murallas, avanzó con rapidez: la Universidad Hebrea en el monte Scopus (1925), el hotel Rey David (1929), donde se establecieron los cuarteles generales de la administración y el mando militar británicos; la Casa de las Instituciones Nacionales, que albergaba a la Agencia Judía, al Fondo Nacional Judío y a la Fundación Judía, y los modernos barrios residenciales, como el barrio judío de Rehavya (1923), donde más tarde crecería Benjamín Netanyahu, y el barrio árabe-palestino de Talbiyah (1920), de donde huyó Edward Said con su familia en 1947. Al final del periodo del Mandato, la población de Jerusalén había alcanzado los 160.000 habitantes –alrededor de 100.000 judíos y 60.000 palestinos–, lo que era casi tres veces la población de 1922, y la Ciudad Nueva disfrutaba de una infraestructura moderna de agua, electricidad y carreteras mejoradas. Pero si la importancia administrativa y política de Jerusalén la convirtieron en una locomotora de la construcción urbana en Palestina, también trajo una creciente agitación. Los cálculos oficiales británicos estiman en miles el número de árabes asesinados por las fuerzas de seguridad durante la Gran Rebelión de 1936-1939. En 1946 el Irgún voló el hotel Rey David, matando a 91 personas; en 1948, los militantes palestinos volaron la Casa de las Instituciones, matando a 12 personas.

El Plan de Partición de la ONU de noviembre de 1947 asignó el 60 por 100 del territorio palestino, incluyendo las áreas costeras, a la población minoritaria («el Estado judío»), y el 40 por 100, incluyendo la Galilea occidental, a la población mayoritaria («el Estado árabe»). Jerusalén fue designada un *corpus separatum*, gobernado por un organismo internacional. Sin embargo, el concepto de *corpus separatum* resultó intraducible tanto al hebreo como al árabe. El Alto Comité Árabe se opuso a la idea global de partición de Palestina, mientras que el control de Jerusalén –o, por lo menos, de parte de ella– era una prioridad estratégica para la dirección sionista, que, encabezada por Ben-Gurion, rechazó cualquier forma de internacionalización⁴. Por ello, el plan de la ONU marcó el inicio de la Guerra de 1948 que acabó con la creación del Estado de Israel y la expulsión de más de 700.000 árabes-palestinos, el comienzo de la actual *Nakba* palestina.

⁴ Avi Shlaim, *The Iron Wall: Israel and the Arab World*, Londres, 2000, p. 36.

El objetivo de las fuerzas israelíes en Jerusalén era «establecer los hechos sobre el terreno», anexionándose tierras y pueblos palestinos para crear una continuidad territorial entre los barrios judíos que rodeaban a la ciudad con el fin de crear una capital viable y defendible. Los objetivos señalados incluían Deir Yassin (rebautizado como Giv'at Sha'ul en hebreo), donde la masacre de abril de 1948 precipitó la huida de los palestinos de la ciudad, así como pueblos del norte como Lifta (Mei Nafto'ah), barrios del sur como Katamon (Gonen), Talbīyah (Komemiyut) y Baq'a (Ge'ulim), y pueblos del oeste incluyendo a Beit Mazmil (Kiryat Yovel), Malha (Manhat), Khirbet al-Hamama (actualmente el emplazamiento del Museo del Holocausto Yad Va-Shem) y Ein Karim (Ein Karem). La ocupación militar israelí estableció la base para la delimitación de la Línea Verde entre los territorios administrados por Israel y por Jordania, consagrada en el Acuerdo de Armisticio de 1949. Jerusalén sería dividida, con una barrera de hormigón y alambrada, que separaría la parte mucho más grande de Jerusalén administrada por Israel (26 kilómetros cuadrados) –que incluía pueblos palestinos como Qalunya (rebautizado como Motsa en hebreo) y Sheikh Badr (actualmente, el lugar donde se encuentra el Parlamento israelí)– de la más pequeña controlada por Jordania (6 kilómetros cuadrados), que incluía la Ciudad Vieja con su barrio y lugares sagrados judíos.

El periodo de 1948-1967 asistió al desarrollo de dos ciudades de Jerusalén muy asimétricas a ambos lados de la alambrada. La Jerusalén israelí se convirtió en la capital oficial del país, y los símbolos del Estado –el Parlamento, los edificios de la Administración, el Cementerio Nacional de Mount Herzl, el Museo Nacional, el Santuario del Libro, el Museo del Holocausto de Yad Va-Shem, la Biblioteca Nacional– rápidamente se establecieron allí, impulsando el empleo. Bloques de apartamentos parecidos a cajas brotaron por las laderas de las colinas de Jerusalén, creando nuevos barrios como Kiryat Menahem (1956) y Nayot (1960). El gobierno israelí aprobó una generosa expansión de sus límites municipales hacia el oeste, el norte y el sur, y el territorio de la ciudad había aumentado hasta 38 kilómetros cuadrados en 1963. Mientras tanto, la Jerusalén jordana, aislada del viejo barrio comercial, experimentó un empobrecimiento, una pérdida neta de población y un descenso de su estatus. Las potencias occidentales habían supervisado cínicamente la anexión del «Estado árabe» por la monarquía hachemita de Jordania. El rey hizo todo lo posible por borrar la conciencia nacional palestina y fomentar la «identidad jordana», además de decretar que los libros de

texto oficiales reemplazaran el término «palestinos» por el de «árabes»⁵. La parte oriental de Jerusalén fue reducida a ser la segunda ciudad de Jordania, un lugar santo explotado por el rey por razones políticas, mientras que el poder y el crecimiento económico se trasladaban a Amán⁶. Con Jerusalén dividida por una alambrada de espino, las dos poblaciones vivían dándose la espalda, observándose solamente desde las azoteas. En su poema hebreo *Jerusalén*, el fallecido poeta israelí Yehuda Amichai recogía bien esta división de la urbe:

En una azotea de la Ciudad Vieja
 la ropa cuelga con los últimos rayos del atardecer,
 la sábana blanca de una mujer que es mi enemiga,
 la toalla de un hombre que es mi enemigo,
 que secará el sudor de su frente.
 En el cielo de la Ciudad Vieja
 una cometa.
 En el otro extremo de la cuerda,
 un niño.
 No puedo verle
 por el muro.
 Hemos levantado muchas banderas,
 han levantado muchas banderas.
 Para hacernos pensar que están contentos.
 Para hacerles pensar que estamos contentos.

«Unificación»

En 1967, la expansión militar tuvo de nuevo un importante papel en la remodelación de la ciudad. Esta vez la lucha estalló, después de un largo periodo de tensión entre Israel y los países árabes vecinos, con un ataque preventivo israelí sobre la fuerza aérea egipcia el 5 de junio de 1967 que provocó que Siria y Jordania se unieran a la guerra. La rápida derrota de los ejércitos árabes la ocupación por las FDI de los Altos del Golán, Cisjordania, la Franja de Gaza y el desierto del Sinaí tuvieron implicaciones y repercusiones geopolíticas sobre los países afectados⁷. Para Israel, cuyo territorio se había cuadruplicado en seis días, la conquista trajo una eufórica sensación de poder combinada con sentimientos mesiánicos

⁵ Véase, por ejemplo, Riad M. Nasser, *Palestinian Identity in Jordan and Israel: The Necessary «Other» in the Making of a Nation*, Nueva York, 2004, pp. 68-70.

⁶ Roger Friedland y Richard D. Hecht, *To Rule Jerusalem*, Berkeley, 2000, pp. 248-249.

⁷ Véase, por ejemplo, Tom Segev, *1967: Israel, the War, and the Year that Transformed the Middle East*, Nueva York, 2007.

sobre la «fortaleza» del país y su «milagrosa» victoria, presentada como evidencia del apoyo del Todopoderoso⁸. Jerusalén fue el escenario ideal para esta «escenificación de poder», y la Ciudad Vieja –de la que antes de la guerra el ministro de Defensa israelí Moshe Dayan había dicho que «de todos modos, ¿quién necesita este Vaticano?»– se convirtió en el periodo posterior en «la roca de nuestra existencia». Las imágenes de la brigada paracaidista llorando ante el Muro Occidental y la voz de su comandante, Mordechai Gur, informando con excitación por la radio del ejército de que «*Har ha-bayit be-yadenu*» –«el Monte del Templo está en nuestras manos»– se convirtieron en sinónimos de la victoria israelí de 1967 y de la nueva situación que se daba ahora.

La primera decisión de planificación urbana se tomó al día siguiente. El nuevo alcalde de Jerusalén, Teddy Kollek, recorrió la Ciudad Vieja con Ben-Gurion. Ambos acordaron que el barrio de Mughrabi, con sus 800 años de historia, debía ser demolido para crear una plaza ceremonial nacional frente al Muro de las Lamentaciones. Cientos de habitantes musulmanes fueron expulsados y sus casas destruidas. La plaza de la Muralla Occidental se convirtió en una realidad casi de la noche a la mañana, y la bandera israelí plantada en el lugar donde se habían levantado las casas simbolizaba el triángulo entre el Estado, la religión y el olvido colectivo del Israel posterior a 1967. Y aunque el futuro del resto de los Territorios Ocupados seguía siendo una cuestión a debatir –¿debían ser anexionados a Israel, permanecer bajo ocupación militar o negociados a cambio de la paz?–, no había ninguna duda sobre lo que había que hacer con Jerusalén Este: tenía que ser «unificado» con Jerusalén Oeste, por lo menos de acuerdo con la ley israelí, y convertirse en parte integral del Estado de Israel. Un comité nombrado por Dayan, que incluía a tres generales de las FDI –Chaim Herzog, Rehavam Ze’evi y Shlomo Lahat–, presentó un nuevo mapa de Jerusalén el 27 de junio de 1967.

No sorprende, habida cuenta de la naturaleza del comité, que las fronteras que dibujaron fueran una irracional mezcla de requerimientos militares y deseo de expansión territorial, prácticamente sin ninguna consideración sobre la planificación urbana. El resultado fue una inquietante nueva ciudad: la Jerusalén «unificada» no era simplemente la suma de Jerusalén Oeste (38 kilómetros cuadrados) y Jerusalén Este (6 kilómetros

⁸ Baruch Kimmerling, *The Invention and Decline of Israeliness: State, Society and the Military*, Berkeley, 2001, p. 109.

cuadrados), sino que incluía una extensión adicional de 70 kilómetros cuadrados procedentes de los territorios ocupados que rodeaban a la ciudad por el norte, el sur y el este. Esta era una nueva clase de Jerusalén, no solo en términos de sus límites, sino también por sus residentes. Veintiocho pueblos palestinos que nunca habían sido parte de ninguna Jerusalén se encontraron bajo la jurisdicción de la «capital unida del pueblo judío». La ciudad triplicó su territorio, basándose en la estratégica «ecuación» demográfico-militar israelí señalada anteriormente por Benvenisti: máximos kilómetros cuadrados de tierra, mínimo número de árabes. En varios casos –por ejemplo, Beit Ikksa y Beit Sahour– las huertas y tierras de cultivo de los pueblos palestinos fueron incluidas en Jerusalén, mientras que los habitantes y sus casas quedaban fuera.

No obstante, unos 70.000 palestinos quedaron inevitablemente incluidos en la ciudad, formando la cuarta parte de su nueva población. El Ministerio del Interior les ofreció la opción de una ciudadanía israelí, pero la mayoría la rechazó sobre la base de que contribuiría a legitimar la ocupación y la anexión. Los palestinos de Jerusalén recibieron así el estatus de «residentes», que significaba que tenían derecho –por lo menos, sobre el papel– a los servicios municipales. También podían votar en las elecciones municipales, pero de nuevo los palestinos despreciaron por lo general este «derecho», ya que simplemente legitimaba su subordinación.

Desde luego, la anexión de Jerusalén Este y su periferia fue ampliamente condenada en el exterior por violar el derecho internacional. Incluso el gran aliado de Israel se sintió obligado a manifestar una protesta, y el embajador estadounidense en la ONU declaró:

Estados Unidos considera que la parte de Jerusalén que pasó a control israelí en la Guerra de 1967, como todas las demás áreas ocupadas por Israel, es un territorio ocupado y, por ello, sometido a las previsiones del derecho internacional que rigen los derechos y obligaciones de una potencia ocupante⁹.

Excepcionalmente, Estados Unidos incluso votó a favor de la Resolución 267 de Naciones Unidas, que declaraba que el Consejo de Seguridad «censura en los términos más enérgicos todas las medidas tomadas por Israel para cambiar el estatus de la ciudad de Jerusalén», adoptada

⁹ Citado en Amir S. Cheshin, Bil Hutman, y Avi Melamed, *Separate and Unequal: The Inside Story of Israeli Rule in East Jerusalem*, Cambridge, 1999, pp. 46-47.

por unanimidad el 3 de julio de 1969. El estatus de la ciudad cambió a pesar de ella. En 1980, Israel continuó consagrando la posición de una «Jerusalén unificada» en una Ley fundamental de la Knesset bajo el título «Jerusalén, capital de Israel». Aparentemente preso de la sensación de *déjà vu*, el Consejo de Seguridad adoptó entonces la Resolución 478 de Naciones Unidas, que «censura en los términos más enérgicos la promulgación de la Ley fundamental de Jerusalén y la negativa a acatar importantes resoluciones del Consejo de Seguridad». Declaraba la Ley sobre Jerusalén nula y sin efecto, debiéndose «anularse inmediatamente», y pedía a «todos los Estados que tienen misiones diplomáticas en Jerusalén que retiraran esas representaciones de la Ciudad Santa», lo que en la práctica significaba trasladarlas a Tel Aviv. Así, la «Jerusalén Unificada» entró en una selecta clase de capitales únicamente reconocidas como tales por ellas mismas.

Desde fuera hacia dentro

Pasando por alto una condena internacional que carecía de peso real, los dirigentes israelíes se dedicaron a la tarea de ubicar a su propia población en las zonas anexionadas. «Debemos traer judíos a Jerusalén Este a cualquier precio», decía Ben-Gurion en junio de 1967. «Debemos establecer a decenas de miles de judíos en un plazo breve. No podemos esperar a la construcción de barrios bien organizados. Lo esencial es que los judíos estén allí»¹⁰. La estrategia de fabricar una nueva realidad imponiendo «los hechos sobre el terreno», más tarde asociada a las iniciativas de Ariel Sharon en otras partes de Cisjordania y de la Franja de Gaza, tuvo sus antecedentes en Jerusalén. En julio de 1967, el primer ministro laborista Levy Eshkol había nombrado un comité de altos funcionarios, presidido por Yehuda Tamir, para encontrar maneras de «poblar y desarrollar Jerusalén Este». El objetivo era desproblematizar el acto de ocupación y unificación creando una continuidad entre Jerusalén Este y Oeste que obliterara la Línea Verde, la frontera de 1948-1967, y que hiciera que la violación del derecho internacional pareciera lo más «natural» posible. El plan general del comité, remitido en septiembre de 1967, propuso la creación de *Shekhunot ha-Bari'ach* –barrios «bisagra» o «cerrados»– con forma de media luna que enlazarían el existente enclave judío en Monte Scopus con Jerusalén Oeste mediante una nueva carretera, la avenida de Levy Eshkol, que atravesaría solamente barrios judíos. En los años

¹⁰ Uzi Benziman, *A City without a Wall*, Jerusalén, 1973, p. 2.

siguientes surgieron al otro lado de la Línea Verde una serie de nuevos barrios residenciales, planeados ante todo para habitantes judíos; Ramat Eshkol (1968), Giv'at ha-Mivtar (1970), Ha-Giv'ah ha-Tsarfatit [la colina francesa] (1971) y Ma'alot Dafna (1972) se convirtieron en el «cierre de seguridad» judío para el Monte Scopus.

En 1969, Golda Meir, la «dama de hierro» israelí, sucedió a Eshkol y tomó el control del proyecto de la «Jerusalén unificada». Un nuevo plan general proponía ahora el desarrollo de *Shekhunot ha-Taba'at*, o «anillo de barrios», un curioso paso adelante en la dialéctica de las consideraciones militares, políticas y de desarrollo urbano. En vez de construir hacia el exterior de los barrios más antiguos en el corazón de Jerusalén, este plan defendía la construcción de barrios residenciales judíos en su remota periferia, rodeando los nuevos límites de la ciudad. Como si hubieran sido robados del despacho de un ingeniero de las FDI, los proyectos eran de naturaleza estratégica; nuevos barrios, recubiertos de la obligatoria «piedra blanca de Jerusalén», fueron emplazados como torretas en las crestas de la montaña, dominando la ciudad, y a lo largo de las arterias que conducían a ella. Los primeros de ellos fueron Neve Ya'akov (1970), creado sobre la tierra confiscada de Al Ram, en el extremo norte de la ciudad, y Gilo (1971) al suroeste, sobre la tierra confiscada de Beit Jala, que era la más elevada de Jerusalén. Fueron seguidos por Talpiyot Mizrah (1973), en el sureste y en la tierra confiscada de Jabal Mukabar; Ramot Alon (1974), en el noroeste, sobre la tierra confiscada de Beit Ikxa y actualmente el mayor extrarradio de Jerusalén, y Pisgat Ze'ev (1982), en la frontera noreste de la ciudad, sobre tierras confiscadas a Beit Hanina y Hizma. Esta lógica de desarrollo urbano, o la falta de ella, se repitió en la década de 1990 en los días de las negociaciones de Oslo, cuando la «Jerusalén unificada» creció hasta los 125 kilómetros cuadrados después de nuevas anexiones en 1993. Ramat Shlomo (1995) fue construido en la frontera noreste de la ciudad, sobre tierra confiscada de Al-'Issawiya; Har Homa (1997) fue creado en el extremo sureste en una colina conocida en árabe como Jabal Abu Ghneim, sobre tierra confiscada de Beit Sahour.

Estos extrarradios judíos en los Territorios Ocupados crearon, como señala Eyal Weizman, «un cinturón de tejido edificado que envolvía y dividía a los pueblos y barrios palestinos anexionados a la ciudad»¹¹.

¹¹ Eyal Weizman, *Hollow Land: Israel's Architecture of Occupation*, Londres y Nueva York, 2007, p. 25.

No solo servían como satélites de la «madre» Jerusalén, al mismo tiempo que reclamaban la soberanía israelí sobre todo el territorio, sino que también servían de puente con los asentamientos del «Gran Jerusalén» situados más allá de la frontera municipal, en el interior de los Territorios Ocupados. Asentamientos como Ma'ale Adumim en el este (que adquirió el estatus de ciudad en 1991) y Giv'at Ze'ev en el noreste (establecido en 1983) estaban enlazados por carreteras y por la arquitectura con los barrios-asentamientos del perímetro municipal de Jerusalén, que a su vez estaban conectados con el centro de la ciudad. Weizman ha descrito el resultado como «fragmentos dispares» de homogéneas viviendas judías, entrelazadas por redes de carreteras e infraestructuras. Otro planificador israelí comparó los vínculos de los barrios-asentamientos con el centro de la ciudad como «globos unidos por una cuerda»¹².

Neorientalismo

Para que los israelíes, y los judíos israelíes de Jerusalén en especial, concibieran su capital como un espacio geográfico legal, «natural», coherente, hacía falta claramente algo más que estos subyacentes fundamentos estratégico-militares. Al margen de lo que se dijera en el exterior sobre la ilegalidad de la expansión de Jerusalén, bajo la ley israelí el terreno invadido podía ser legítimamente anexionado a la ciudad. Esto era provechoso, ya que de los 497.000 residentes judíos israelíes de la actual Jerusalén, más de 200.000 viven más allá de la Línea Verde, lo que significa que, de acuerdo con el derecho internacional, casi uno de cada dos habitantes judíos de la capital oficial israelí es un colono. La anexión municipal asegura que, bajo la ley israelí, esta cifra nunca estará incluida en las estadísticas oficiales de colonos judíos en Cisjordania. La terminología también se desplegó para naturalizar el proceso: las viviendas oficiales construidas en los Territorios Ocupados también estaban recogidas en los medios de comunicación y en los registros oficiales como *barrios* integrantes de la «Jerusalén unificada», nunca como *asentamientos*; esto ayudó a desconectar –al menos en la mente israelí– la parte oriental de la Jerusalén municipal del resto de la Cisjordania ocupada. Una cuestión de semántica para algunos; de realidad política para otros.

¹² Citado en Moshe Amirav, *Jerusalem Syndrome: The Palestinian-Israeli Battle for the Holy City*, Eastbourne, 2009, p. 72.

Pero fue la arquitectura la que recibió el papel más destacado en «unificar» la ciudad. Aquí hubo una clara ruptura de la modernidad utilitaria que caracterizó las primeras décadas del Estado israelí. En los primeros años, la cuestión había sido cómo construir el mayor número de unidades residenciales con el mínimo de gastos en infraestructuras. La solución en Jerusalén Oeste –pero también en otras ciudades, incluyendo Haifa– fue una monolítica asunción del Estilo Internacional: bloques rectangulares que se parecían un poco a vagones de ferrocarril puestos de pie, que dieron a estos nuevos barrios un carácter un tanto aburrido, cuadrado, tanto en sentido geométrico como figurado¹³. Por el contrario, el estilo de construcción posterior a 1967 respondía a lo que las autoridades israelíes veían como una nueva serie de problemas: su soberanía sin precedentes sobre la Ciudad Vieja, incluyendo los lugares santos de musulmanes y cristianos; la crítica internacional de los barrios asentamientos judío-israelíes construidos sobre tierras confiscadas a pueblos palestinos; la dificultad de crear una continuidad entre los barrios del oeste y los del este, levantados sobre tierras palestinas recién confiscadas. Sus soluciones –simulacro de estilos «históricos»; «recubrimientos» de superficies– convertirían la «Jerusalén unificada» en la más posmoderna de las ciudades.

Los arquitectos seleccionados por Kollek y su equipo se dirigieron en primer lugar a la Ciudad Vieja como parte de su campo de trabajo, para absorber ideas e inspiración. Llenos de euforia por la victoria militar de 1967, acordaron que un estilo neorrealista sería el más apropiado para una Jerusalén israelizada, demostrando la sensibilidad estética de los israelíes por la herencia cultural de la región y la naturalidad con que encajaban ellos en el paisaje. Los rasgos de una arquitectura árabe-orientalizada –arcos, puertas, cúpulas– fueron adaptados a las modernas técnicas de construcción y se convirtieron en parte del paisaje de la «nueva Jerusalén». El estilo era bastante coherente con varias ideas políticas clave: el énfasis israelí sobre el «regreso» del pueblo judío a sus «raíces» orientales; la necesidad de forjar una unificación entre la vieja (y bíblica) Jerusalén y los nuevos proyectos de viviendas que minimizarían el acto de la ocupación; y una prolongación del colonialista

¹³ David Kroyanker, *Jerusalem: Neighbourhoods and Houses, Periods and Style*, Jerusalén, 1996, p. 190 (en hebreo). Kroyanker, un historiador israelí de la arquitectura, considera los edificios de la calle Stern (en el barrio de Kiryat Yovel) y de la calle Ha-Nurit (barrio de Ir Ganim) como los ejemplos definitivos de este estilo: edificios de ocho y nueve plantas sin ascensor por la austeridad de los tiempos.

paradigma sionista de llevar la modernización y el desarrollo al «Oriente inmutable». En realidad, como ha sostenido el historiador israelí de la arquitectura, Zvi Efrat, esta llamada arquitectura «contextual» suponía amorfos racimos de «edificios sentimentales, influenciados por unas supuestas conexiones “regionales”»; unas «creaciones pseudohistóricas de mimetismo oriental y mediterráneo», que se supone que representan «una asociación con la antigüedad y las raíces nacionales»¹⁴.

Piedra sagrada

Otro decisivo elemento arquitectónico que contribuyó tanto a encubrir la ocupación como a crear una continuidad entre el este y el oeste fue la decisión de las autoridades israelíes de volver a poner en vigor una ordenanza del Mandato británico por la que todos los edificios de la ciudad deben estar hechos *bona fide* de «piedra de Jerusalén». En la década de 1930 esto había supuesto utilizar sólidos bloques de piedra caliza en los trabajos de construcción; durante el periodo 1948-1967, las autoridades de la ciudad en Jerusalén Oeste habían autorizado la utilización de una capa exterior de piedra, cubriendo una estructura interior de ladrillos o bloques de hormigón. Después de 1967, esta ordenanza se amplió a todas las zonas anexionadas a la ciudad, aumentando así los costes de construcción para los palestinos y haciendo que gran parte de ella fuera ilegal. La omnipresente utilización de recubrimientos de piedra cada vez más delgados en centros comerciales, hoteles y bloques de viviendas desempeñó un papel vital en la lucha estratégica y simbólica de Israel por imbuir a los extrarradios de la nueva Jerusalén con la «sagrada» identidad de la ciudad santa. La utilización de piedra de Jerusalén era tanto ideológica como arquitectónica: servía para «autenticar» áreas que anteriormente nunca habían sido parte de Jerusalén y para ampliar el manto de santidad a lejanos asentamientos, tanto dentro como fuera de los límites municipales. Por medio de unos simples seis centímetros de caliza, ciudades distantes como Ma’ale Adumim pueden compartir el aura sagrada de Jerusalén.

De esta manera, la arquitectura desempeñó un papel esencial en la unificación temporal y espacial de la ciudad. Añadió una dimensión artística y romántica a las contingencias políticas y militares que habían impulsado

¹⁴Texto de Zvi Efrat en su exposición, «The Israeli Project», realizada en Tel Aviv en octubre de 2000, citado en E. Weizman, *Hollow Land*, cit., p. 47.

la expansión de la ciudad, creando una continuidad «natural» entre diferentes épocas: desde la Biblia, mediante la santidad de Jerusalén, hasta el sionismo y el Israel moderno. Weizman sugiere que la utilización de una arquitectura neorientalista y de piedra de Jerusalén proporcionó «la fantasía que se consideraba necesaria para la consolidación de una nueva identidad nacional y la incorporación de las ampliaciones de la ciudad»:

Situó a cada remoto y recién construido extrarradio totalmente dentro de los límites de la «eternamente unificada capital del pueblo judío», y de esa manera, por lo que respecta a la mayoría de los israelíes, lejos de la mesa de negociaciones. Lo que se llama Jerusalén, por nombre, por arquitectura y por la utilización de la piedra, está situado en el corazón del consenso israelí¹⁵.

Hay una doble paradoja sobre esta piedra icónica que se ha convertido en un símbolo de la ciudad a los ojos de Israel y del mundo de la «construcción judía». En primer lugar, la piedra está principalmente extraída y manipulada en Hebrón, Nablus y otras zonas de Cisjordania –en árabe se la conoce, más científicamente, como *hajar Nabulsi*– y gran parte del duro trabajo que supone está realizado por palestinos. En segundo lugar, su utilización es un ejemplo del intento colonialista posterior a 1967 por imitar la arquitectura palestina local mientras se excluye a los palestinos. De esta manera, surgieron decenas de miles de casas revestidas de piedra en las zonas altas al norte, este y sur de la recién anexionada «Jerusalén», contemplando los pueblos y municipios palestinos, mucho más pobres y menos desarrollados de la «ciudad unida»¹⁶.

Realmente, este es el corazón del proyecto de «unificación»: no solo establecer sobre el terreno hechos arquitectónicos, sino poblarlo con habitantes judío-israelíes, mucho más allá de la Línea Verde. Sin embargo, aunque la abrogación israelí del derecho internacional nos puede decir muchas cosas sobre el Estado judío –y desde luego sobre su obsesión por el poder, la demografía y los miedos del día de mañana– centrarse solamente en definiciones del derecho internacional sería insuficiente para entender los complejos procesos que se producen en la ciudad. Puede fomentar la ilusión de que la partición todavía podría ser una solución equitativa, algo que considero que está muy alejado de la realidad. Más concretamente, mirar solamente la Línea Verde, en vez de a la gente que vive a

¹⁵ *Ibid.*, p. 47.

¹⁶ Haim Yacobi, «The Third Place: Architecture, Nationalism and the Postcolonial Gaze», *Theory and Criticism*, vol. xxx, 2007, pp. 63-88 (en hebreo).

ambos lados, puede limitar nuestro análisis de lo que está haciendo el Estado y de los propósitos y experiencias de las propias gentes.

La política y los pueblos

Las autoridades israelíes han luchado incansablemente por aumentar el número de judíos y reducir el número de palestinos en Jerusalén para desbaratar los intentos de desafiar su soberanía sobre la ciudad. Pero, a pesar de sus políticas, la proporción de palestinos en la ciudad ha crecido desde el 25 por 100 en 1967 al 36 por 100 en 2012. Según las perspectivas, la «Jerusalén unida» tendrá un 40 por 100 de palestinos en 2020; y en 2030, si Israel no encuentra una manera de cambiar esta proporción –y la encontrará–, los palestinos de Jerusalén serán mayoría. Las cincuenta barreras discriminatorias que se han desplegado contra los palestinos residentes en Jerusalén bajo sucesivos alcaldes y gobiernos, radicalmente diferentes en algunos aspectos, comparten un objetivo conjunto: actuar contra el interés nacional palestino dentro de la ciudad¹⁷. Las evidencias de esto las presentan sin rodeos las propias autoridades. Como advertían Amir Cheshin y Avi Melamed, dos antiguos «consejeros sobre asuntos árabes» de los alcaldes de Jerusalén en las décadas de 1980 y 1990:

No crean en la propaganda [...], en el prometedor panorama que Israel trata de mostrar al mundo sobre la vida en Jerusalén desde la reunificación de 1967. Israel ha tratado a los palestinos de Jerusalén de forma terrible. Como cuestión política, ha obligado a muchos de ellos a abandonar sus casas y les ha despojado de sus tierras, al mismo tiempo que les mienten y engañan –a ellos y al mundo– sobre sus honorables intenciones¹⁸.

La «lógica» detrás de esta estrategia está expuesta en el Plan General de Jerusalén 2000, bajo el encabezado, «Balance demográfico “según las decisiones del gobierno”»:

De acuerdo con el objetivo presentado por la municipalidad y adoptado por el gobierno, la ciudad necesita mantener una proporción de 70 por 100 de judíos y 30 por 100 de árabes. Sin embargo, [...] los modelos demográficos

¹⁷ Según el Centro Israelí de Información sobre Derechos Humanos en los Territorios Ocupados, B'Tselem, la política israelí hacia los palestinos en Jerusalén no puede describirse de otra manera que de discriminatoria; véase su extenso informe sobre el tema en www.btselem.org/english/jerusalem.

¹⁸ A. Cheshin, B. Hutman y A. Melamed, *Separate and Unequal: The Inside Story of Israeli Rule in East Jerusalem*, cit., p. 251.

en la ciudad desde 1967 han alejado a Jerusalén de este objetivo. No ha habido una proporción de 70 a 30 en Jerusalén desde la década de 1990 a la proporción continúa sin alcanzarse¹⁹.

El Plan General continúa haciendo «alarmantes predicciones» sobre el índice de natalidad de los palestinos –que se supone que son residentes con las mismas condiciones– en la «ciudad unida» y sobre la necesidad de tomar «medidas de largo alcance» para evitar este proceso. La estrategia de la «proporción» en Jerusalén tiene implicaciones muy inmediatas para la población palestina, tanto como «cuestión política», como señalan Cheshin y Melamed, como de deliberada negligencia. Teddy Kollek, el legendario alcalde laborista de Jerusalén durante tres décadas (1965-1993), proporciona un buen ejemplo de las actitudes abiertas y encubiertas hacia los palestinos de Jerusalén. El Plan de 1968 de Kollek incluía masivos proyectos de construcción en la parte este de la ciudad, «para asegurar la unificación de Jerusalén de forma que evitara la posibilidad de que fuera repartida de nuevo»²⁰. Oficialmente, a Kollek se le recuerda en Israel como un «radical defensor de la tolerancia religiosa» que «hizo muchos intentos por llegar a los electores árabes» mientras «mejoraba los sistemas de abastecimiento de agua y de alcantarillado en los vecindarios árabes de Jerusalén»²¹. Pero, después de 25 años en el cargo, el propio Kollek confesaba en 1990 al diario israelí *Ma'ariv*:

Decíamos cosas sin intención de realizarlas, y no las hicimos. Dijimos una y otra vez que equipararíamos los derechos de los árabes a los de los judíos. [Eso fue] mera palabrería [...]. Nunca les hemos dado la sensación de que son iguales ante la ley. Eran y siguen siendo ciudadanos de segunda y tercera fila [...]. Por la Jerusalén judía hice algo en los últimos veinticinco años. ¿Por Jerusalén Este? ¡Nada! ¿Instituciones culturales? Ninguna. Sí, construimos el sistema de alcantarillado para ellos y mejoramos su suministro de agua. ¿Pero sabe por qué? ¿Cree que fue por su bien, por su bienestar? ¡Olvidelo! Hubo algunos casos de cólera y los residentes judíos temían que les alcanzaran, de modo que instalamos el alcantarillado y el suministro de agua para la prevención del cólera²².

En las elecciones municipales de 1993, Kollek y el Partido Laborista fueron derrotados por Ehud Olmert y el partido del Likud, en coalición con

¹⁹ *Jerusalem 2000 Master Plan*, publicado en agosto de 2004, Capítulo 7, «Population and Society» (en hebreo).

²⁰ *Plan General de Jerusalén 1968* (en hebreo).

²¹ Véase la página web oficial de Go-Jerusalem sobre Kollek.

²² Citado en el informe de B'Tselem «A Policy of Discrimination: Land Expropriation, Planning and Building in East Jerusalem», mayo de 1995.

los partidos ultraortodoxos. Esto señaló un significativo cambio en el poder, ya que Olmert dependía mucho de la comunidad haredi, cuya participación electoral fue del 90 por 100, en comparación con el 50 por 100 de la comunidad laica. Esto proporcionó a los ultraortodoxos un papel mucho mayor en decisiones sobre presupuestos, infraestructura y vivienda en la ciudad, y ellos hicieron lo que pudieron para asegurar las necesidades de sus votantes y de su gente. Sin embargo, en términos generales, durante sus diez años como alcalde de Jerusalén (1993-2003), Olmert continuó la política de Kollek de hablar sobre la necesidad de equilibrar la provisión de servicios e infraestructuras entre los barrios judíos y árabes mientras no hacía nada significativo por ello²³. Hubo muchas razones: preferencias inherentes, finanzas debilitadas, la proporción 70-30 que tanto los laboristas como el Likud tomaban como objetivo, consideraciones políticas prácticas sobre donde gastar con largueza, ya que «los árabes de Jerusalén no me van a votar de ninguna manera».

De cualquier forma, la principal consideración siempre ha sido asegurar que Israel permanezca siendo el poder soberano en Jerusalén Este y –especialmente después de los Acuerdos de Oslo– debilitar la posición de la Autoridad Palestina en la ciudad. Por ello la histórica Casa de Oriente, el cuartel general de la OLP en la década de 1990, fue clausurada por la policía israelí en 2001. Los centros culturales palestinos también fueron cerrados. Además, la demolición de viviendas palestinas aumentó durante este periodo, principalmente sobre la base de que estaban construidas «sin permiso»²⁴. Con el sucesor de Olmert, Uri Lupolianski, el primer alcalde ultraortodoxo de Jerusalén (2003-2008), hubo pocos cambios de política. Cuando el Canal 10 le preguntó por

²³ Esto quedó muy bien ilustrado cuando un miembro de la oposición en el Ayuntamiento de la ciudad, Meir Margalit, mandó una pregunta a Olmert sobre la provisión de servicios municipales al pueblo árabe de Ein Fuad, en Jerusalén Este. La debida respuesta vino de la oficina de Olmert negando que hubiera ninguna discriminación en el suministro: «Ein Fuad cuenta con todos los servicios municipales, incluyendo asistencia, educación, luz y servicios de limpieza». Una astuta sonrisa se dibujó en los labios de Margalit cuando leyó la respuesta. Escribió un breve mensaje al alcalde: «No existe ningún lugar que se llame Ein Fuad». Véase Meir Margalit, *Discrimination in the Heart of the Holy City*, Jerusalén, 2006, p. 176.

²⁴ En realidad, debido a las discriminatorias políticas israelíes, es prácticamente imposible que los palestinos puedan obtener estos permisos. Por ello su decisión de construir sin permiso puede considerarse como su acto actual de «protesta espacial» contra las políticas de planificación urbana de Israel y del Ayuntamiento de Jerusalén. Véase Irus Braverman, «Powers of Illegality: House Demolitions and Resistance in East Jerusalem», *Law and Social Inquiry*, vol. XXXII, núm. 2, 2007, pp. 333-372.

qué muchas casas árabes de Jerusalén no estaba conectadas al alcantarillado, Lupolianski primero lo negó y luego declaró: «Es una cuestión de mentalidad. Los árabes, por naturaleza, prefieren no estar conectados al suministro». Durante el mandato de Lupolianski fue cuando el gobierno israelí empezó a construir el muro de separación alrededor y a través de la «ciudad unida», dejando a barrios palestinos como Kafr 'Aqab y el campo de refugiados de Shu'afat dentro de los límites municipales, pero rodeados de muros que los separan de la ciudad, mientras que la principal consecuencia ha sido separar Jerusalén del resto de Cisjordania.

Sin embargo, estas políticas han tenido la imprevista consecuencia de convencer a cada vez más palestinos de Jerusalén de permanecer en la ciudad y de traer de vuelta a otros que habían marchado a otras partes de Cisjordania, una vez que se dieron cuenta de que Israel estaba tratando de revocar su estatus de residentes en Jerusalén. Un resultado de su regreso ha sido el constante crecimiento de la proporción de palestinos en la ciudad. El Ayuntamiento de Jerusalén calculaba en 2012 que había, por ejemplo, 88.845 estudiantes de primaria palestinos, el 38 por 100 del total de la ciudad. Sin embargo, esta cifra está lejos de representar la situación real sobre el terreno. Las propias cifras del Ayuntamiento señalan que hay 106.534 niños palestinos de Jerusalén de entre 6 y 18 años –es decir, alrededor del 44 por 100 del total de la ciudad–, que se supone que están todos escolarizados. Los datos no indican solamente que el Ayuntamiento de Jerusalén quiere minimizar las cifras, sino que cierra los ojos ante el bajo índice de asistencia, un indicador del hecho de que el Ayuntamiento nunca ha proporcionado suficientes escuelas a este sector de la población²⁵. La asimetría socioeconómica está igualmente clara: el salario medio en Jerusalén Oeste se sitúa en 54 dólares diarios; en Jerusalén Este cae hasta los 27. Se calcula que el 78 por 100 de los palestinos de Jerusalén Este viven en la pobreza, y que el 84 por 100 de los niños palestinos están por debajo del umbral de la pobreza²⁶.

El actual alcalde de Jerusalén, el millonario laico de derechas Nir Barkat, elegido en 2008, ha tomado un enfoque ligeramente diferente. Como sus predecesores, Barkat también está impulsado por el deseo de fortalecer la soberanía israelí sobre todas las zonas de la ciudad, pero su

²⁵ Or Kashti, «East Jerusalem: The Capital of Dropouts», *Haaretz*, 5 de septiembre de 2012.

²⁶ Association for Civil Rights in Israel, *Jerusalem Day 2012: Unprecedented Deterioration in East Jerusalem*.

estrategia sugiere que la continua discriminación contra los palestinos, y las evidentes desigualdades entre diferentes zonas, han estado jugando en contra de los intereses sionistas, ya que refuerza la sensación de dos ciudades diferentes dentro de la «Jerusalén unida», y así hace que parezca más factible una futura división política. Las políticas de Barkat fueron, por ello, más sofisticadas. Dejó los asuntos relativos a Jerusalén Este en manos del izquierdista Meretz, su rival en la oposición. Ha puesto en marcha un proyecto de poner nombres a las calles en Jerusalén Este que anteriormente habían sido rechazados por el Ayuntamiento. Ese fue el caso de la ceremonia inaugural de la calle Umm-Kulthum en Beit Hanina, donde sin reparos Barkat insinuaba a la población palestina que el Ayuntamiento judío israelí podía «contenerlos» a ellos y a su cultura, sinecdóquicamente representada por la gran cantante egipcia. En otra ceremonia, lanzando un proyecto por valor de 43 millones de shekels para mejorar la infraestructura de Wadi al-Joz –nuevo alcantarillado, iluminación, aceras, árboles, rotondas–, Barkat anunció: «Esto es solamente un ejemplo del exhaustivo proyecto de reducir las diferencias entre el lado este y el oeste de la ciudad. Estamos tomando medidas en todos los frentes, incluyendo transporte, educación e infraestructuras, y ahora se puede empezar a ver los resultados». Como manifestó a *Times of Israel*:

Años de negligencias dañaron la unidad de la ciudad a los ojos del mundo. Cuando afirmamos que la ciudad está unida, pero no demostramos que sabemos ocuparnos de todos sus residentes, eso nos daña, [...] [Necesitamos] trabajar duro y asegurarnos de que nos ocupamos de todos sus residentes de modo que realmente unamos la ciudad de una manera mucho más sólida²⁷.

Barkat continuó explicando que eso podía evitar un levantamiento palestino, en el contexto de la ira provocada por el Muro de Separación: «La estrategia ha sido mejorar la calidad de vida de los residentes [palestinos] de Jerusalén, mejorar su sensación de cómo se encuentran en la ciudad, asegurarse de que tengan mucho que perder. Mientras esta tendencia continúe, se reducirán las razones para cualquier clase de violencia entre los residentes de Jerusalén». Al mismo tiempo, la política de Barkat de «judaizar» la Jerusalén árabe incluía redoblar el número de proyectos de asentamientos judíos dentro de los barrios palestinos, fortaleciendo el control israelí y haciendo imposible definir dónde acaba la «Jerusalén

²⁷ David Horowitz, «Nir Barkat: How I'm ensuring Israeli Sovereignty in Jerusalem», *Times of Israel*, 29 de febrero de 2012.

árabe» y dónde comienza la «Jerusalén judía» y así descartar la posibilidad de una división política. Sus planes incluyen un pueblo para estudiantes judíos-israelíes, Sha'ar Ha-Mizrah [Puerta del Este], en el pueblo palestino de Anata; un asentamiento de 200 viviendas, Kidmat Tsiyon [Precursor de Sión] entre Abu Dis y Jabal Mukkabar, financiado por el multimillonario de Florida Irving Moskowitz, dos asentamientos llamados Altos de los Olivos y Altos de David, también financiados por Moskowitz, por encima del pueblo de Ras al-'Amud y la urbanización Simon en el barrio de Sheikh Jarrah, en alianza con el grupo afincado en Estados Unidos Nahalat Shimon International. El alcalde Barkat también ha respaldado por completo el dudoso proyecto arqueológico en Elad, que ha estado realizando excavaciones a gran escala en el corazón del municipio palestino de Silwan buscando restos de una mitológica «ciudad de David». Las medidas necesitan ser consideradas parte integrante de sus esfuerzos por «mejorar» los barrios palestinos.

Rezar por Jerusalén

Sin embargo, quizá la división más espectacular que se ha creado en las últimas décadas ha sido dentro de la población judío israelí. De nuevo, la educación es lo que quizá muestra mejor el cambio demográfico. El sistema escolar judío está separado en tres corrientes: «general» —es decir, laica—, «religioso nacional» y «*haredi*». A partir de 1998, el número de estudiantes *haredim* en Jerusalén superó a las otras dos categorías; desde entonces, la diferencia ha continuado aumentando. Entre 2006 y 2011, el número de estudiantes de la corriente general cayó desde 32.400 a 30.200, un descenso del 7 por 100; la corriente religiosa nacional aumentó el 3 por 100, desde 25.700 a 26.500, pero la corriente *haredi* se disparó el 10 por 100, desde 85.900 a 94.200. En 2013, los *haredim* representan el 63 por 100 de la población escolar judío israelí. Este proceso de deslaicización —o de vuelta a la religión, como se prefiera— empezó en la década de 1980 y apareció plasmado en las estadísticas de Jerusalén desde la de 1990. «Era una historia demográfica muy simple», señalaba el historiador David Kroyanker. «No había ningún grupo de ortodoxos sabios de Sión que se hubiera reunido y hubiera planeado apoderarse de Jerusalén. El creciente número de ultraortodoxos en la ciudad fue simplemente el resultado del hecho de que se reproducen en cifras diez veces superiores a las de la comunidad laica»²⁸.

²⁸ Neta Sela, «Jerusalem should be a Haredi city», *Ynet*, 24 de mayo de 2006 (en hebreo).

Muchos de los barrios judíos de Jerusalén han tomado ahora un carácter totalmente diferente. Los «barrios bisagra», creados después de la guerra de 1967 en territorio ocupado al este de la Línea Verde, tenían inicialmente una población mixta de residentes laicos y nacional religiosos; pero desde la década de 1980 las cosas empezaron a cambiar, los barrios ultraortodoxos justo al oeste de la Línea Verde, como Shmu'el ha-Navi y Sanhedriya, empezaron a sufrir una sobrepoblación; un creciente número de residentes haredi empezaron a trasladarse hacia el este, comprando apartamentos en los barrios bisagra y creando allí «enclaves» ultraortodoxos. En uno de ellos, Ramat Eshkol, el proceso de haredización empezó a finales de la década de 1980 y se intensificó en la siguiente, seguido por un modelo similar en los cercanos Giv'at ha-Mivtar y Ma'alot Dafna. El mismo proceso se produjo en Ramat Shlomo, creando una continuidad de barrios ultraortodoxos en el nordeste de Jerusalén. El triunfo de los candidatos *haredim* en las elecciones municipales de 1993, señalado anteriormente, condujo a una mayor inversión en la comunidad. La familia media haredi de Jerusalén gana la mitad que una familia laica —en 1995 la cifra era de 3.500 sheleks frente a 7.100— y, por lo tanto, depende más del apoyo gubernamental y de la seguridad social²⁹. Los últimos acontecimientos, una combinación de la subida del precio de la vivienda en Jerusalén y la sobrepoblación de los recién creados barrios ultraortodoxos, han obligado a algunos de ellos a abandonar la ciudad en busca de un alojamiento más barato, y el gobierno les ha «encontrado» un sitio en Modi'in Illit y Beitar Illit, dos ciudades-asentamientos *haredim* en Cisjordania.

Acompañando a esto se ha producido la creciente huida de la ciudad de los residentes laicos, mayormente jóvenes, en busca de los que perciben como hábitats más liberales, pacíficos o prometedores. Desde la década de 1990, Jerusalén ha experimentado una emigración neta combinada con un crecimiento de la población, debido a la elevada tasa de natalidad de las comunidades *haredim* y palestina. Al mismo tiempo, la ciudad ha ido empobreciéndose: el ingreso medio por persona es de 3.300 sheleks, exactamente la mitad del de la capital financiera de Israel, Tel Aviv. En 2010 Jerusalén recibió el dudoso título de la ciudad más pobre de Israel³⁰.

²⁹ Momi Dahan, «The Ultra-Orthodox Jews and Municipal Authority, Part II: Budgetary Effects of the Demographic Composition in Jerusalem» (en hebreo), *Jerusalem Institute for Israel Studies Research Series No. 82*, Jerusalén, 1999, pp. 15-16.

³⁰ De acuerdo con las estadísticas de pobreza en las ciudades grandes de Israel. Véase Asah Shtull-Trauring, «Ahead of Jerusalem Day, reports highlight extent of city's poverty», *Haaretz*, 11 de mayo de 2010.

Estas tendencias han empezado a alarmar a los políticos israelíes. Desde 1998 la Autoridad para el Desarrollo de Jerusalén (ADJ), un organismo conjunto del gobierno israelí y del Ayuntamiento de la ciudad, ha estado intentando iniciar proyectos que atraigan a empresarios, estudiantes y técnicos en altas tecnologías para vivir –e invertir– en la ciudad. Entre ellos están BioJerusalem y AcademiCity, que pretenden «atraer» –la palabra clave– empresas y estudiantes de biotecnología a la ciudad; si son «laicos», «sionistas», «trabajadores» y «ricos», mejor todavía. La ADJ también ha sido relacionada con proyectos más controvertidos, como el intento del Centro Simón Wiesenthal de construir un «Museo de la Tolerancia y la Dignidad Humana» sobre las tierras del cementerio musulmán de Mamilla, en Jerusalén Oeste. Otra sugerencia es ampliar los límites de la ciudad hacia el oeste: en vez de traer nuevos judío-israelíes a la ciudad, que es todo un desafío, Jerusalén se tragará los «sólidos» pueblos próximos a sus límites –entendiendo «sólido» en el contexto israelí como «nacional», «sionista», «trabajador»–, como Beit-Nekofa, Even-Sapir y Beit-Zayit. Esta es simplemente otra etapa más de la permanente lucha israelí por mantener una Jerusalén «unida», «judía» y, aparentemente, desde 1998, «atractiva».

Un relato personal

Nací en Jerusalén en 1978, pero ahora vivo en Tel Aviv. Mis dos hermanas también han abandonado la ciudad, igual que la gran mayoría de nuestros amigos del colegio, que han elegido vivir en el área metropolitana de Tel Aviv o entremedias de las dos ciudades, en Modi'in, por ejemplo. La siguiente etapa, una vez que los adultos jóvenes han abandonado el nido, es la decisión de sus padres de seguirles, especialmente cuando aparecen los nietos. Esto es un relato personal, pero no deja de ser representativo de las trayectorias de muchos judíos «laicos» de Jerusalén durante la década pasada más o menos. Siguiendo con la familia, se pueden ver los cambios de modelo residencial en el bloque de apartamentos de mis padres, al estilo de un *Yacoubian Building*³¹ israelí. Durante los últimos treinta años mis padres habían vivido en el tercer piso de un edificio de ocho plantas en Giv'at Oranim, un barrio en Jerusalén Oeste. Los cambios sociales que se han producido en la ciudad durante este periodo se reflejan claramente en la identidad de sus residentes. Por lo

³¹ *The Yacoubian Building* (2000) es una novela del autor egipcio Alaa-al-Aswany. El libro fue llevado al cine con el mismo título en 2006 y en 2007, se hizo una serie de televisión [N. del T.].

que yo sé, ninguno de los niños de mi edad que crecieron allí se ha quedado en Jerusalén. Además, cada familia laica que abandonó el edificio fue sustituida por una religiosa-nacional o ultraortodoxa. El cambio se muestra claramente en las calles. El viernes por la tarde, por ejemplo, si tengo que recoger a mi abuela en el cercano distrito de Rehavya, tengo que conducir con mucho cuidado, ya que muchos judíos ultraortodoxos van camino de las sinagogas, viejas y nuevas, situadas en la zona. Mi antiguo colegio de primaria, Lurya, ahora funciona como sinagoga los sábados y los días de fiestas religiosas para cubrir las crecientes necesidades de la población practicante. En un pequeño paseo alrededor del área, el pasado Yom Kippur, escuché los sonidos de oraciones que llegaban de otras varias escuelas primarias. No quiero decir que esto sirva para emitir una sentencia; es solamente un intento de personalizar los cambios que se han propagado por Jerusalén en las tres últimas décadas.

Habiendo crecido en Jerusalén en la década de 1980, mi percepción de la división entre «Este» y «Oeste» se limitaba al contraste entre mi barrio inmediato, donde estudiaba y jugaba, y la Ciudad Vieja, un colorido y aventurero Oriente donde deambulábamos por atiborrados callejones en excursiones familiares los sábados. Detrás de las enormes murallas, que siempre asocié con el rey Salomón, mi imaginación se quedó cautivada por la imagen de un jeque, un rabino y un sacerdote, andando juntos, mientras el olor del incienso se mezclaba con el sabor del zumo de almendra y los gritos de los tenderos árabes. Unos recuerdos que en la actualidad suenan como el orientalista *Moorish Bazaar* de Edwin Lord Weeks. Recuerdo haber ido con una excursión del colegio a la ciudadela de David –su eslogan era «Museo de la Torre de David: donde empieza Jerusalén»–, donde los niños de doce y trece años buscamos el lugar exacto donde el rey David había vislumbrado desde la azotea a Betsabé bañándose. Solamente mucho después me atreví a aceptar que los celebrados símbolos de la «eterna capital judía» tenían otras historias: a pesar de sus homofónicos nombres, las magníficas murallas de la ciudad no fueron construidas por nuestro amado Salomón, sino dos mil quinientos años después por el sultán otomano Solimán; la ciudadela de David recibió su nombre de los cruzados del siglo XI; la Torre de David, «donde comienza Jerusalén», era de hecho una mezquita del siglo XIX con un minarete cilíndrico, construido casi tres milenios después del indiscreto rey. Me di cuenta de que la Ciudad Vieja no era sinónimo de Jerusalén Este, sino solamente una pequeña parte de ella, y que muchos de los habitantes de Jerusalén –los *Yerushalmim* en hebreo, *Maqdisiyyin*

en árabe– eran palestinos. Más tarde aprendí que vivieron en lugares de los que nunca había oído hablar ni visitado, como Umm-Tuba, Kafr 'Aqab y Al-Walaje. Para mi confusión, encontré que incluso había un campo de refugiados dentro de «mi ciudad».

Esas imágenes y las negaciones que han representado pueden haberse formado en la mente de un niño pequeño, pero son sugerentes de procesos mucho más amplios de rechazo y eliminación. El hecho de que estén tan intensamente practicados por ambos lados podría considerarse incluso como un fenómeno unificador en esta ciudad de tensiones. Los debates entre judíos y musulmanes, israelíes y palestinos, se ven como juegos de todo o nada, unas batallas en las que se emplean todas las armas –religiosas, arqueológicas, legales o políticas– para demostrar que la ciudad no pertenece al otro. Mientras a los turistas estadounidenses se les vende la idea de que las ruinas bizantinas en las excavaciones de Elad son lugares bíblicos, los visitantes del Museo del Islam en Al-Haram al-Sharif no encontrarán ninguna referencia a la presencia histórica judía. Mordechai Kedar, profesor de la Universidad de Bar Ilan, obtuvo un capital político, por lo menos entre los israelíes de derechas, cuando manifestó a Al-Jazeera que «Jerusalén no se encuentra en ningún lugar del Corán»³². Pero esta clase de argumentación puede ser contraproducente, no solo porque demuestra una limitada comprensión de los procesos de santificación, sino porque puede ser utilizada por ambas partes por igual. Si se decide seguir el juego y examinar los libros sagrados, nos encontraremos que Jerusalén, Al-Quds en árabe, no se menciona en el Corán; la única referencia que se encuentra es a Al-Aqsa, la «mezquita más lejana». Pero tampoco Jerusalén, Yerushalayim en hebreo, está mencionada en los cinco libros de la Torá; de nuevo, la única referencia es a «un lugar que el Señor, tu Dios, elegirá»³³. Los judíos samaritanos sostienen que la única indicación del lugar «elegido por Dios» como la localización del templo sagrado es «cerca del hombro de Nablus», que consideran que se trata de la montaña de Gerizim, donde viven. ¿Hemos estado rezando en la dirección equivocada durante todos estos años?

El malestar religioso, social y político continúa incubándose, aunque sea bajo la superficie. Parece imposible que Jerusalén sea capaz de contener todas sus contradicciones. La determinación israelí de tener todo

³² Chana Ya'ar, «Prof. Mordechai Kedar: "A Ball of Fire"», *Arutz Sheva: Israel National News*, 12 de enero de 2012.

³³ Sura del *Corán* 17:1; *Biblia*, Deuteronomio 12:5.

Jerusalén, de no compartir nunca la soberanía con nadie, junto al creciente número de palestinos y las capas de mitos en ambas partes han creado una absurda realidad política que no lleva a la ciudad a ninguna parte. Las celebraciones oficiales del Día de Jerusalén, la fiesta nacional israelí dedicada a la «unificación» de la ciudad en 1967, son el máximo ejemplo de todo esto: la gran mayoría de los que bailaban con banderas israelíes bajo las murallas de la Ciudad Vieja son judíos nacional religiosos que representan el «nuevo espíritu» de Jerusalén; un espacio urbano mesiánico sionista y no integrador. Apenas hay algún *haredim* entre ellos, tampoco judío «laico» alguno. Menos aún, cualquiera de los árabes que forman más de la tercera parte de los habitantes de la ciudad. Al celebrar su «unificación», la ciudad parece más fragmentada que nunca.

Por ello es lógico pensar que Jerusalén solamente estará verdaderamente unida si su soberanía está compartida por ambos pueblos. En mi opinión, la opción de los «dos Estados» –dividirla por la mitad para crear un oeste judío «puro» y un este palestino «puro»– ya no es una solución posible, ni para la cuestión de Jerusalén ni para el conflicto palestino israelí en general; los «hechos sobre el terreno» de los asentamientos israelíes y del crecimiento de la población palestina han vuelto imposible una división geográfica «pura» sobre cualquier base equitativa. Queda la otra opción: una soberanía conjunta en manos de israelíes y palestinos con el mandato de desarrollar la ciudad para atender a las necesidades nacionales, sociales y políticas de ambos pueblos. Entonces Jerusalén podría tener una oportunidad para recobrase del síndrome psicopatológico que lleva su nombre.